

De la necesidad de cortar el nudo gordiano, o los dilemas del primer año del primer gobierno del régimen democrático mexicano



Of the necessity to cut the Gordian knot, or the dilemmas of the first year of the first government of the Mexican democratic regime

B O N A N Z A S

El gobierno que encabeza el presidente Vicente Fox corre el riesgo de pasar a la historia como un eslabón más en la cadena de oportunidades perdidas por México y no por su esencia democrática, a menos que se realice un cambio sustantivo en el estilo y contenido de su política. El presidente puede obtener el apoyo de la sociedad hacia sus proyectos, pero para lograrlo es necesario que modifique su discurso, su estrategia y quizás a la parte de su gabinete que no funciona. Vicente Fox fue electo para encabezar el cambio institucional, para arraigar la democracia y evitar la regresión y la ingobernabilidad.

The government that heads President Vicente Fox has the risk of pass to history like another link in the chain of lost opportunities by Mexico and not by its democratic essence, unless a considerable change is made in the style and content of his policy. The president can obtain the support of the society to his projects, but to obtain it, is necessary that he modifies his speech, his strategy and perhaps, part of his cabinet that does not offers god results. Vicente Fox was elected to head the institutional change, to root the democracy and to avoid the regression and the ungovernability.

De la necesidad de cortar
el nudo gordiano, o los
dilemas del primer año del
primer gobierno del régimen
democrático mexicano

E ■ Una definición provisional

El primer año de Vicente Fox al frente del gobierno mexicano no se puede calificar de desastre, pero todo indica que se acercó peligrosamente a una definición de ese concepto: evento repentino que provoca un gran daño, pérdida y sufrimiento. Imaginar que los próximos cinco años serán una prolongación de lo ocurrido en los doce primeros meses del sexenio foxista —el pasmo— resulta una perspectiva inaceptable. Por tanto, o el presidente procede a un cambio sustantivo del estilo y del contenido de su política, o su gobierno corre el riesgo de pasar a la historia no por su esencia democrática, sino como un eslabón más en la cadena de oportunidades perdidas por México.

La mayoría de los ciudadanos mexicanos no votaron por Vicente Fox el 2 de julio de 2000 (57.5 por ciento), unos siguieron fieles al pasado, en tanto que una minoría quería ir más lejos y más a la izquierda de lo que proponía Fox. Al final, una mayoría relativa (42.5 por ciento) le dio el triunfo, pero le puso un gran candado en el Congreso, pues ahí las fuerzas antifoxistas hicieron valer su mayoría desde el principio. Como sea, el ex gobernador de Guanajuato se ganó con determinación e inteligencia el honor de ser el primer presidente de un nuevo y, en principio, prometedor régimen; uno que sustituía a aquel que cubrió casi todo el siglo XX mexicano y que se caracterizó por el monopolio político de un partido de Estado a lo largo de 71 años.

* El Colegio de México. Correo electrónico: lmeyer@colmex.mx

El contraste entre el contenido del discurso de Vicente Fox como candidato opositor —un discurso combativo, pero un tanto simple, desbordante de optimismo, pero lleno de promesas difíciles de cumplir—, y sus acciones posteriores, ya como responsable de la jefatura del Estado mexicano, permite concluir que posiblemente el foxismo nunca tuvo o no quiso tener una idea realista de las enormes dificultades que le esperaban si llegaba a asumir el mando del proceso político mexicano y que, por lo mismo, la tarea de gobernar le está resultando cuesta arriba, pues no estaba preparado para una tarea tan colosal como la que implica la demolición del autoritarismo más longevo del siglo XX y la construcción de la democracia en una sociedad donde no hay antecedentes sólidos de esa complicada forma de gobierno y convivencia. Sea cual fuere el caso, la ignorancia no puede ser excusa para que el primer presidente del régimen democrático no esté actuando a la altura de una responsabilidad que él mismo buscó con singular empeño. Así, y desde una perspectiva de la responsabilidad histórica, Vicente Fox simplemente no tiene derecho a fallar, pues eso sería no sólo malograr su proyecto personal o de grupo, cosa que finalmente sólo tiene una importancia limitada, sino poner en peligro la etapa inicial, por tanto la más delicada y crucial, de la implantación de la democracia en México.

■ El corazón de un problema

Los aniversarios marcan periodos de tiempo muy artificiales cuyo objetivo es muy claro: llevar la mirada colectiva al pasado para evaluar lo ocurrido desde entonces en función de las metas originales y, sobre todo, de las necesidades y de los retos del presente. El primer año del gobierno del presidente Fox, es decir, de un nuevo régimen político surgido de un ejercicio realmente democrático de nuestra historia —de elecciones realmente competidas y vigiladas que se desarrollaron en condiciones de relativa equidad— es un momento obligado para reflexionar sobre los logros y, especialmente, sobre los fracasos y las posibilidades que aún quedan de remontar los enormes obstáculos que se ven en el horizonte político mexicano.

Sin negar el alto grado de subjetividad que entraña la evaluación de un proceso político aún en su etapa inicial, la experiencia histórica muestra que a veces un año puede ser tiempo más que suficiente para predecir cómo será el resto de la

jornada sexenal. Así, por ejemplo, en el primer año de gobierno del general Lázaro Cárdenas (1935), el joven mandatario michoacano ya había logrado neutralizar al principal enemigo del cambio —al general Plutarco Elías Calles, “Jefe Máximo de la Revolución Mexicana”— había tomado las riendas del partido oficial, controlado al ejército e iniciado la mayor ola de reformas sociales en beneficio de las clases populares que habría de experimentar México en el siglo XX. Igualmente, en el inicio mismo de su primer año de gobierno (enero de 1989), Carlos Salinas ya había dado muestra de una psicopatología propia del “hombre fuerte” tiránico al fabricar una serie de cargos contra un líder sindical que no lo apoyó —Joaquín Hernández Galicia— al punto de plantarle en su casa armas y un cadáver de un agente del Ministerio Público traído desde otro estado para enviarlo a prisión por muchos años. Claro que, afortunadamente, en el caso de Ernesto Zedillo, el desastre económico del llamado “error de diciembre” de 1994 y todo el desastre económico de 1995 no prefiguraron el resto de su sexenio, aunque sí lo marcaron. En cualquier caso, la conclusión tentativa y provisional a la que naturalmente se llega en el caso del gobierno de Vicente Fox es que el mejor momento del hombre de San Cristóbal no se encuentra en ninguno de sus primeros doce meses de ejercicio del poder, es decir, en lo hecho durante este primer año de gobierno, sino antes, justo cuando estaba fuera del círculo del poder y desempeñando el papel de opositor y *happy warrior* de la democracia. En efecto, el Fox opositor resultó un excelente demolidor de lo que aún quedaba de la legitimidad del autoritarismo priista. Fue su capacidad de despertar la imaginación de amplios sectores urbanos, sobre todo entre los jóvenes, y convocar y movilizar el “voto útil” lo que le permitió al PAN superar el sufragio de la inercia y del priismo duro, y poder abrir para México las puertas a la democracia política formal. Nada de lo que el antiguo funcionario de la Coca Cola, ranchero de León y ex mandatario guanajuatense ha hecho después como constructor —su intento por dar forma a una institucionalidad nueva y democrática— ha igualado, ni de lejos, su capacidad como destructor del autoritarismo. Y ese es el meollo de su problema y del problema del actual sistema político: la ineficacia de la gestión gubernamental no está ayudando a consolidar la oportunidad de desarrollo político que tan difícilmente se ganó en julio de 2000.

El desencanto ciudadano posterior al momento en que se logró arrancar la presidencia de manos del PRI es un desencanto que hasta el propio presidente

acepta.¹ Se trata, en principio, de una reacción casi inevitable, y que se ha dado en prácticamente todos los casos en que las grandes expectativas levantadas —en mucho, verdaderas fantasías— durante el periodo de lucha por la democracia no pudieron cumplirse más que de manera muy imperfecta o no del todo. Y eso es cierto lo mismo en España que en Polonia, en Rusia, que en la antigua Checoslovaquia, o en Chile; una vez que los viejos y desprestigiados líderes antidemocráticos fueron remplazados por los nuevos y democráticos, la dureza de la herencia y de la realidad económica y social invariablemente limitó los alcances del cambio esperado, lo que provocó una desilusión colectiva aunque en unos casos ésta fue más aguda que en otros. En el caso de México, ese natural e inevitable desencanto está apareciendo demasiado pronto, los medios de difusión lo tienen constantemente en las primeras planas, y al final de 2001 amenazaba con seguir creciendo, lo que, de no atajarse, bien podría terminar por dejar al gobierno sin la base social suficiente para construir las bases culturales e institucionales mínimas que demanda el siguiente periodo histórico: el de la consolidación de la democracia.

■ Maquiavelo y la teoría realista

Un buen punto de partida para tratar de comprender la naturaleza del arranque del gobierno de Vicente Fox, el enfoque que permite justipreciar las enormes dificultades a las que se han enfrentado y seguirán enfrentándose el presidente y su equipo, lo proporciona la tesis central de *El príncipe* (publicado en 1532), la obra más famosa del político y pensador florentino Nicolás Maquiavelo (1469-1527). En el capítulo seis, sección 17, de ese pequeño pero sustantivo libro, Maquiavelo es claro y tajante: “Nada es más difícil de administrar, ninguna empresa es más arriesgada y de éxito más dudoso que la de procurar introducir un nuevo orden [político]. Quien lo intente, tendrá como enemigos a todas las personas que se beneficiaban del antiguo orden y en aquellos que se piensan beneficiar del nuevo cambio sólo encontrará defensores tibios”. Es justamente por esa enorme dificultad, a la que se debe enfrentar todo aquel que decide introducir un nuevo orden o régimen —donde los oponentes son decididos, y los aliados no lo son—, que el

¹ Véase las declaraciones desde Lima, Perú, de Vicente Fox, *Reforma* (25 de noviembre, 2001).

teórico y político italiano advierte a quien lo intente que está obligado por las circunstancias a supeditar todo, incluso sus principios morales, a las necesidades de sacar adelante su proyecto. Según Maquiavelo, en esas condiciones extremas de la práctica política, la única preparación y ciencia que realmente le es indispensable al “príncipe nuevo”, que necesita dominar para no perecer, y a la que debe dedicar todo su tiempo, inteligencia y energía, no es el arte de la negociación o de la impartición de justicia, sino de la guerra (capítulo 14, sección 42). Y el florentino se refería tanto a la guerra en su acepción normal: la lucha armada contra el enemigo externo —algo muy propio de la circunstancia de la Italia dividida del siglo XVI, constantemente a merced de los estados fuertes— como a su equivalente interno: la lucha sin cuartel contra los enemigos de lo nuevo y con todas las armas que la época y las circunstancias permitan. Desde esta perspectiva realista, en una sociedad trastocada por la introducción de un orden o régimen inédito —como es el caso de la democracia en México—, la relación entre los actores políticos puede llegar a ser el equivalente a una guerra, pues se busca la rendición incondicional del otro. Si se falla en la empresa, y siempre según Maquiavelo, quien suele perder, y mucho, no es sólo el “príncipe nuevo”, sino la sociedad en su conjunto, pues al final puede caer en el desorden, la ingobernabilidad y la debilidad frente al exterior.

Es obvio que el presidente Fox no puede, ni por su personalidad, el espíritu de la época o por las circunstancias locales y externas en que tiene que actuar —el respeto al marco jurídico y a los principios dominantes de la comunidad internacional—, seguir las brutales recomendaciones que el patriota florentino dio en su tiempo al “príncipe nuevo” —Lorenzo de Medici— para ejercer el poder con efectividad en circunstancias de dificultad extrema como resultado del cambio interno y la amenaza externa: engañar, sobornar, violar la ley, traicionar e incluso asesinar en nombre de la “razón de Estado”. Sin embargo, los magros resultados del primer año del sexenio y las consecuencias tan negativas que puede tener para México la prolongación de este empantanamiento del esfuerzo por construir la nueva institucionalidad tendrían que llevar al presidente a considerar la conveniencia de introducir ya cambios en el estilo y en el contenido de sus políticas —abandonar la línea de complacer a todos, incluso a los adversarios, confiando en la buena voluntad de la contraparte—, pues sus adversarios —incluyendo a los que tiene dentro de su partido (?), el PAN— hace mucho que leyeron a Maquiavelo, absorbieron lo más desafortunado de su espíritu y lo están poniendo en práctica.

■ Una cadena de errores y fracasos

A estas alturas, el Fox agresivo y a la ofensiva tanto contra la antidemocracia priista como contra los colaboracionistas del PAN con el PRI (los “concertacionistas”) ha cedido su lugar a un Fox indeciso, que pareciera querer complacer a todos, pero que en el proceso perdió el norte, y se encuentra desde hace tiempo permanentemente a la defensiva justamente frente a quienes en vez de pedir cuentas, como es el caso, tendrían que darlas ante la sociedad y los tribunales: los remanentes del antiguo régimen.

En su discurso el presidente tiende a subrayar lo que él considera que son los mejores logros de su primer año de gobierno:² reconstrucción de la banca de desarrollo, creación de la Subsecretaría de la Mediana y Pequeña Industria, inicio del Programa Puebla-Panamá y de un programa de construcción de 450 mil viviendas, arreglo del problema de los productores de azúcar, de piña y de café, mantener baja la inflación y fuerte el peso, el inicio de la construcción de 26 plantas generadoras de electricidad, un programa de comunicación municipal por la internet, el Sistema Nacional de Becas, un programa para dotar de un millón de computadoras a las escuelas públicas y otro para medir su calidad, la creación de la Agencia Federal de Investigación, la reorganización de la Policía Federal Preventiva, la preservación y mejoría del sistema de salud pública, etcétera, etcétera.

Sin pretender restar mérito a la lista anterior, es claro que Vicente Fox no fue elegido simplemente para que su gobierno construyera viviendas, creara una nueva subsecretaría, arreglara el problema de la piña o repartiera computadoras a las escuelas, sino para algo más importante: para hacer política de fondo, la gran política de la democracia. Y en ese campo tiene un déficit.

El esfuerzo para llegar a un acuerdo de paz con los indígenas rebeldes de Chiapas, importante como símbolo hacia adentro y hacia el exterior de la buena disposición del nuevo régimen a reconocer y enmendar una injusticia histórica —precisamente lo que el priismo no hizo—, se vino a pique porque el PAN, que mostró no ser “el partido del presidente”, y el PRI volvieron a “concertar” en el Congreso y, sin mayor esfuerzo o dificultad, torpedearon una política que el presi-

² Véase, como ejemplo, la entrevista que el presidente dio a la prensa en su rancho San Cristóbal, en León, Guanajuato, el 18 de noviembre de 2001.

dente y su secretario de Gobernación no supieron o no quisieron cuidar y negociar con un Poder Legislativo que se dejó a merced de las oligarquías partidistas.

En materia de justicia, aún está por verse cómo se resuelve el problema de las violaciones de los derechos humanos del pasado, pero también está por verse si el Estado mexicano es capaz de detener y castigar la monstruosa cadena de mujeres asesinadas en Ciudad Juárez que se inició en 1993 y que al momento de escribir estas líneas suman ya 249 sin que sea posible prever hasta dónde llegará la cifra. En lo que va de 2001, se tiene noticia de 290 secuestros, y tampoco se vislumbra cuándo la sociedad ganará ésta y otras batallas al crimen organizado. Las autoridades apenas si tienen capacidad para procesar cinco por ciento de las denuncias que presenta la ciudadanía, por tanto, el índice de impunidad se mantiene en el tradicional 95 por ciento.³

El intento de reforma fiscal, anunciada al inicio de su gobierno, ha sido una cadena de humillaciones para un foxismo que no tiene el apoyo de su partido y que ha sido incapaz de saberla negociar con el PRI y el PRD. Se trata de un proyecto que, sin duda, es regresivo, pero que desde el inicio se pensó como medida temporal, casi de emergencia, para inyectar recursos a un erario particularmente anémico —en todos los países modernos el fisco recibe una proporción que es, en promedio, el doble o el triple que en México—, mientras se tomaban las medidas de fondo para realmente hacer pagar más a los que más tienen. Ahora Fox está en un callejón sin salida donde él mismo se metió: no quiere hacer nada sustantivo que pueda provocar el enojo del PRI en tanto el Congreso no le apruebe su reforma fiscal, pero el PRI no ha aceptado la reforma para mantener controlado al foxismo y dejar que el correr del tiempo lo desgaste. Las elecciones estatales de 2001 le dan la razón a los enemigos del presidente, pues los resultados han sido malos para Fox y su partido; María de las Heras proyectó esos resultados para 2003, y la consecuencia es que el PRI recibiría 43 por ciento de los votos, el PRD 21 por ciento y el PAN 36 por ciento.⁴ Si hoy el presidente está acorralado por el Congreso, su situación amenaza con ser peor si no hace nada al respecto: es claro que, en la actualidad, la recuperación electoral del PRI es una función de los errores del foxismo.

³ *Reforma* (8 y 26 de noviembre, 2001).

⁴ *Milenio*, 23 de noviembre, 2001.

■ A situaciones difíciles, respuestas drásticas

Mientras el presidente espera, pasmado, a que sus adversarios le acepten algún tipo de reforma fiscal y determinen el camino futuro de su gobierno, Vicente Fox ya no se anima siquiera a plantear la reforma del Estado y menos a exigirle cuentas a los corruptos e irresponsables del pasado.

Maquiavelo aconsejaba al príncipe que, en situaciones difíciles, era preferible ser osado a ser prudente, pues al final “fortuna” tiende a premiar a los que se atreven. Quizá, y subrayo el quizá, la experiencia de este primer año sugiere que el presidente debe modificar su enfoque político. En realidad, el único campo en que el presidente ha intentado asumir la iniciativa política ha sido en el exterior, particularmente en la reelaboración de la agenda México-Estados Unidos. En efecto, ahí Fox propuso incluir en el marco de la integración económica con su vecino del norte un elemento que el Tratado de Libre Comercio de 1993 había dejado fuera: la mano de obra. Hasta antes del 11 de septiembre de 2001, el empuje foxista había logrado modificar en sentido positivo la posición estadounidense inicial, pues tanto la Casa Blanca como el Congreso de Estados Unidos habían empezado a dar claras señales de estar dispuestos a negociar la situación de los más de tres millones de mexicanos indocumentados en Estados Unidos. Desgraciadamente, en este campo la fortuna no acompañó al presidente mexicano ni a su secretario de Relaciones Exteriores. Si el 5 de septiembre de 2001 el presidente George W. Bush había declarado que ninguna relación externa era más importante para Estados Unidos que la que mantenía con México, después de los atentados terroristas del 11 de septiembre contra el World Trade Center, en Nueva York, y el Pentágono, en Washington, las prioridades estadounidenses cambiaron bruscamente, y las relaciones de Estados Unidos con México pasaron a ser un asunto secundario frente a la lucha global contra el terrorismo.

El revés que Vicente Fox ha sufrido en el plano de la política exterior no debería desalentarle a volver a tomar la iniciativa en ese y en otros planos. Aún le queda apoyo de la opinión pública para intentarlo, para retomar la ofensiva y sacudirse el acoso de los intereses creados del viejo autoritarismo. El presidente puede movilizar a la sociedad en apoyo de sus proyectos, pero para ello debe modificar su discurso, su estrategia y, quizá, cambiar a esa parte de su equipo que simplemente no funciona, y que en vez de proteger a la presidencia la usa como escudo.

Vicente Fox no fue electo para administrar el legado del PRI, sino para lo opuesto: para encabezar el cambio institucional, única forma de arraigar la democracia y evitar la regresión, evitar la ingobernabilidad y el retorno del dinosaurio.